Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Los fenicios

Federico Lara Peinado

26

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-36433-1995

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



Cuenta de un collar fenicio realizada en pasta vítrea (portada). Detalle de una estela procedente de Biblos, siglo V a. C. (izquierda)



Divinidad fenicia en una estatuilla realizada en bronce (Museo Nacional de Beirut)

Los fenicios

Federico Lara Peinado
Profesor de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid

Desde el año 1646, en que S. Bochart (1599-1667) publicó en Caen su *Geographia sacra seu Phaleg et Chanaan,* en la que exponía y sistematizaba la lengua e historia fenicias, y hasta el día de hoy el interés por el mundo fenicio y púnico no ha dejado de mostrarse entre el gran público. Aunque es mucho lo que la historiografía y la arqueología han aportado en los últimos años para el conocimiento de los fenicios, todavía permanecen sin desvelar muchísimos aspectos de la historia de aquellas gentes, cuya civilización se extendió por la práctica totalidad de las costas del Mediterráneo.

Los griegos, entre ellos Homero y Heródoto, aplicaron en diferentes pasajes de sus obras el nombre de fenicios (*phoínikes*) a las gentes descendientes del tronco semita que habían llegado a la zona costera del norte de Canaán poco antes del año 3000 a.C.

Etimológicamente, el vocablo *phoinix* —derivado de *phoinos*— significa, entre otras acepciones, *rojo* o *púrpura* y los griegos quizás lo llegarían a relacionar con la tez oscura de los habitantes de Canaán o con el color rojo de su industria más famosa, la púrpura. Así, *fenicio* equivaldría en su interpretación más sencilla a *hombre de tez roja* y también a *hombre de la púrpura*.

Sin embargo, los filólogos han establecido que el citado término *phoinix* —que no designaba en principio ninguna realidad geográfica ni étnica— existía también en otros idiomas (micénico, ugarítico, egipcio, hebreo) indicando variados conceptos que irían desde *color de carro* hasta los de *carpintero* o *sedentario*.

En cualquier caso, los propios fenicios no se dieron tal nombre a sí mismos, sino que hacia el siglo XVI a.C. se hicieron llamar *kinanu,* palabra también en conexión, según los textos mesopotámicos, con la industria de la púrpura.

Dado que los fenicios se expandieron por todo el Mediterráneo, luego recibieron por parte de los romanos otras denominaciones, entre ellas la de púnicos (*poeni*), para diferenciarlos de los *phoínikes* orientales.

Los historiadores modernos distinguen los conceptos *cananeo,* que aplican a los habitantes del Levante oriental —Líbano y Siria— que vivieron en la Edad del Bronce; *fenicios,* a los fenicios del primer milenio a.C., establecidos en las ciudades de la costa, y *púnicos,* a los fenicios occidentales, confundidos en muchos casos con los cartagineses.

Todas estas gentes, hábiles e industriosas, nunca tuvieron conciencia de pertenecer a un mismo pueblo o nación, a pesar de tener muchos elementos comunes, entre ellos el sustrato racial, el idioma y la escritura, la religión, la cultura y el modo de entender la vida.

Marco geográfico y recursos naturales

El territorio fenicio, constituido por una franja costera que no sobrepasó los sesenta kilómetros de anchura, fue variando a lo largo de su historia. De hecho, se pueden fijar sus límites primitivos entre los enclaves de Baniyas —todavía no excavado— y Arwad al norte y el monte Carmelo al sur. Sin embargo, estos límites quedaron ampliados, pudiéndose fijar por el norte en Gabalas y Tell Suqas y por el sur, en Gaza. Con el tiempo, el ámbito de influencia fenicia llegó a extenderse por toda la franja costera levantina oriental, prácticamente desde el golfo de Iskandar (Alejandreta), en el sur de Anatolia, hasta Rhinokorura (El-Arishu) en la frontera egipcia.

El espacio geográfico fenicio quedaba protegido por los montes Bargylos, Líbano, Antilíbano y Hermón, así como los desiertos de Siria y de Arabia. En tal espacio, la diversidad de climas y de paisajes era, sin embargo, muy evi-

dente, con unas vías de comunicación difíciles, dadas las barreras rocosas y la profusión de valles interiores, formados por las aguas que desembocan en el Mediterráneo. Tres ríos atraviesan el territorio: el Orontes (hoy Nahr el-Aṣi) que, nacido en los montes Líbano, corre hacia el norte y después de un gran recodo desemboca al sur del golfo de Iskandar, en las cercanías de Al-Mina; el Litani (conocido en la Antigüedad como Leontes) que, originado también en los montes Líbano y tras un corto recorrido de setenta kilómetros, vierte sus aguas al norte de Tiro; y el Jordán (Yarden), por el sur, río que alimentado por las reservas de agua del Hermón desagua en el Mar Muerto.

La diversidad física y la precariedad de terrenos aptos para la agricultura extensiva fueron algunas de las condicionantes para que la población se situase a lo largo de la costa o buscase una salida por el mar, así como para que se desarrollase una historia caracterizada por su autonomía.

Entre los recursos naturales, el más significativo fue el de la madera, en su mayor parte cedros, materia prima que Fenicia exportó en grandes cantidades. Asimismo, aparte de una agricultura intensiva y una más que notable pesca, el país contó con hierro, igualmente exportado, y con plomo y plata, aunque en menores cantidades. La abundancia de gasterópodos marinos (*murex,* sobre todo) proporcionaría la materia para la elaboración de su famosa y siempre apreciada púrpura.

Las ciudades fenicias

El conocimiento arqueológico que se posee de las ciudades fenicias se inició en 1860, gracias a los trabajos del francés E. Renan (1823-1892), quien llegó a excavar en bastantes lugares de la costa del Mediterráneo oriental, y cuyos resultados serían publicados entre 1867 y 1874.

En la mayoría de los casos todas las ciudades fenicias se situaron sobre promontorios rocosos, cercanos al mar o en pequeñas islas, siempre fáciles de defender y, en su caso, de fortificar, para así hacer frente a los periódicos ataques llevados a cabo por los ejércitos asirios, babilonios o persas, según las ocasiones.

La ciudad fenicia (*qrt*), de territorio escaso y políticamente independiente, se caracterizaba por poseer, además del obligado puerto marítimo, una acrópolis, unas murallas almenadas y algunos edificios cultuales, así como diferentes cisternas para la reserva de agua. En las afueras, y por medidas sobre todo de higiene, se situaron las necrópolis.

Dada la escasez de espacio, las casas, de estructura sencilla, construidas de barro, ladrillo o mampostería y con bases de piedra, se apiñaron e incluso llegaron a tener varios pisos, según cita de Estrabón (XVI, 2.13). Desgraciadamente, no ha llegado ninguna representación ni gráfica ni escrita de cómo sería la vida en el interior de las ciudades. Todo lo que se pueda decir acerca de este particular debe deducirse de los escasos textos llegados y de la propia arqueología fenicia.

Entre las más significativas ciudades pueden citarse —siguiendo en la exposición criterios de situación geográfica— las siguientes:

Tell Suqas. Este enclave, identificado con la Shukshu de finales del siglo XII a.C., presenta elementos de distintas culturas. Poseyó un puerto y su ámbito urbano sufrió sucesivas y profundas transformaciones, sobre todo en su sector sagrado.

Amrit. En un enclave rocoso de la costa y junto a dos pequeños riachuelos y algunos manantiales se situó Amrit (*Mrt*), llamada Marathos por los griegos, así como una de sus necrópolis, famosa por sus tumbas y por las torres redondas o cuadrangulares (los *meghazil*) que las recubrían. Poseyó un notable recinto sagrado rupestre, de carácter terapéutico, conocido como *Maᶜabed.*

Arwad. Esta ciudad, llamada en fenicio *Arwd,* en griego Arados y hoy er-Ruwad, se levantó en una pequeña isla rocosa, a 2,5 kilómetros de la costa. Su prosperidad económica le hizo dominar una serie de villas cercanas, entre ellas Amrit, antes citada, Tartus (en griego, Antárados), que fue utilizada como necrópolis, e incluso Sumur (la Symira de las fuentes clásicas), hoy identificada con Tell Kazel.

Ardat. A unos 10 kilómetros al este de Trípoli (Líbano), en el actual Tell Ardi, se ubicó la ciudad cananea de Ardat, localizada no hace muchos años. Situada en una fértil llanura, constitu-



Restos del Templo de los Obeliscos en Biblos

yó un punto estratégico de comunicación entre la costa y el río Orontes.

Biblos. La ciudad fenicia de *Gbl* (hoy Djebail), sobre un promontorio, y a unos 37 kilómetros al norte de Beirut, llamada en los textos cuneiformes Gubla y en la *Biblia,* Gebal, fue uno de los enclaves más importantes, La ciudad se desarrolló sobre todo en el tercer milenio, a partir del Bronce antiguo, rodeándose de un recinto amurallado. Destruida por los amorreos hacia el 2200 a.C., luego se reedificó con hermosos edificios entre los que destacaron algunos de sus renombrados templos. Del período propiamente fenicio (siglos XI-VIII a.C.) y de las dominaciones asiria y babilónica, a cuyas potencias hubo de tributar fuertemente, es poco lo que se ha conservado. Sus necrópolis reales y urbanas han proporcionado notables sarcófagos —el de Ahiram, por ejemplo— y ricos ajuares funerarios.

Berytus. Los restos de la fenicia *Brt* (Colonia *Julia Augusta Felix Berytus,* según los romanos) son en su mayoría desconocidos por hallarse en su totalidad bajo la moderna Beirut, la actual capital del Líbano. Dicha ciudad, citada en documentos ugaríticos, no llegó a adquirir, sin embargo, excesiva importancia en la etapa fenicia.

Kumidi: En el interior, en Kamid el-Loz, en la Beqaa meridional, se descubrieron en 1963 los restos de la-Kumidi, citada en las cartas de la ciudad egipcia de El-Amarna. Su situación geográfica, como lugar de paso, fue el factor que condicionó su prosperidad. Muchos de sus restos hallados (santuario, marfiles) poseen un indudable carácter fenicio.

Sidón: Debido a estar recubierta la antigua *Sdn* fenicia por las construcciones de la moderna Saida, se sabe muy poco de cómo hubo de ser su urbanismo durante los siglos XIV-XII a.C., época en la que se ha fijado su mayor esplendor histórico. La misma, con grandes recursos comerciales, contó con dos puertos y varias necrópolis, que han proporcionado numerosos y notabilísimos sarcófagos (de Tabnit y Eshumunazer II). En sus cercanías se levantaba el templo de Eshmun, el gran dios de la ciudad, lugar que ha proporcionado materiales de la etapa de ocupación babilónica y persa.

Sarepta: La villa de *Srpt* (en griego Sarepta y hoy aldea de Sarafand) fue al comienzo un simple polígono industrial dedicado a la manufactura de la púrpura, dependiente de Sidón, de la cual distaba unos 13 kilómetros. Tal enclave citado en textos eblaítas, egipcios, asirios y hebreos, pasó a depender de Tiro en el año 677 a.C. por imposición del asirio Asarhaddon. Excavada sólo a partir de 1969, ha facilitado, además de sus hornos industriales, las ruinas de un pequeño templo dedicado a la diosa Tanit-Ashtart.

Tiro: La ciudad de *Ṣr* (en griego Turos), hoy Sur, situada a 35 kilómetros al sur de Sidón se levantó sobre dos islas rodeadas de arrecifes que fueron unidas entre sí en el siglo X a.C. por orden de Hiram I. Siglos después se conectaría a tierra firme mediante un dique que mandó construir Alejandro Magno con ocasión del sitio a que la sometió en el año 332 a.C. Las sucesivas construcciones romanas, bizantinas y medievales desfiguraron su primitivo aspecto urbano, que se caracterizaba por sus suntuosos edificios públicos (palacio real, plaza del mercado, templos de Melqart, Ashtart y Baal Shamem), sus sólidas murallas y sus dos puertos marítimos. A partir del siglo X a.C. se erigió como la principal ciudad fenicia, convirtiéndose en una auténtica potencia naval que dominaba todo el Mediterráneo, gracias a la serie de colonias que pudo fundar, entre ellas Leptis, Utica, Gadir y Cartago.

Umm el-Amed: Este establecimiento, 19 kilómetros al sur de Tiro, conocido antiguamente como Hammon, ha facilitado estelas e inscripciones fenicias, y sobre todo restos de época helenística. Estuvo en la órbita política y económica de Tiro.

Akzib: Este lugar, llamado *kzb,* situado en la costa de Israel, a 14 kilómetros al norte de Akko, constituyó también otra ciudad cananea, con claros elementos de civilización fenicia. Contó con dos necrópolis, en las que se han detectado variadas sepulturas de inhumación y de incineración.

Evolución histórica

Al no haber desarrollado los fenicios una política unitaria, dado que sus ciudades siempre se sintieron celosas de su autonomía, ni haber constituido una nación con una autoridad central, el conocimiento de su historia presenta muchas más sombras que luces.

La historia de todo el ámbito cananeo-fenicio puede dividirse en dos grandes períodos, separados por el año 1200 a.C., momento en que se produjeron grandes convulsiones en el Próximo Oriente, motivadas por los llamados *Pueblos del Mar.*

Se tiene así un primer período que puede denominarse *paleofenicio,* desarrollado entre el 3000 y el 1200 a.C. y un segundo, *propiamente fenicio,* enmarcado entre aquella fecha y el 332 a.C., año en que Alejandro Magno conquistó los territorios del Mediterráneo oriental.

El período paleofenicio. La riqueza natural (madera sobre todo), los escasos aunque rentables recursos agrícolas, la actividad manufacturera (tinturas, tejidos, vidrios, objetos suntuarios) y las condiciones naturales del litoral costero fueron los factores que motivaron el nacimiento de la civilización urbana en la zona de Canaán. Muy pronto, ya desde el Bronce antiguo (2900-2300 a.C.), las grandes potencias —Ebla, Sumer, Egipto— acudieron allí en búsqueda de recursos. Biblos, y poco después la Tiro continental (Tell Reshidiyé) se erigieron en las ciudades-estado más importantes, practicando ventajosos intercambios comerciales, según se ha podido documentar.

El hecho que puso término a la evolución histórica del tercer milenio en Fenicia, Palestina y Mesopotamia fue la conquista de sus territorios por los amoritas (*amurru* = Oeste), una serie de tribus seminómadas, cuyo origen y papel histórico presentan todavía grandes interrogantes.

Durante el Bronce medio (1900-1600 a.C.) y después de la fase de ocupación amorita, que duró unos dos siglos, el ámbito cananeo-fenicio pudo recuperarse. De sus ciudades, fue Biblos la que con sus reyes Abishemu I, Yapishemuabi y Yantinammu volvió a renacer, si bien bajo la directa tutela de Egipto. Asimismo, Ugarit (Rash Shamra) desarrolló su propia civilización. La situación se volvió inestable hacia el 1750 a.C. con el paso de los hicsos, nómadas asiáticos que a través de Canaán y Palestina acabaron por invadir Egipto.


DANUNA
(CILICIA)
Mersin
Tarsos
Adana
Kinet Huyuk
Kara Su
Gaziantep
Karkemish
Arslan Tash
Afrin
AMANUS
MUKISH
Ain Dera
Alalakh
Aleppo
Eufrates
Antioquía
MUKISH
Emar
Barga
Ebla
NUKHASHE
Chipre
Ugarit
Latakia
GEBEL ANSARIEH
Mudia
Tell Sukas
Zinzaru
MEDITERRANEO
Baniyas
Hama
Tunip
Orontes
Tartous
Amrit
Qatna
Arados
AMURRU
Homs
Qadesh
Palmyra
Halba
Arga
Ardat
LIBANO
MAR
Biblos
ANTI-LIBANO
Beritos
Sidón
HERMON
Damasco
Litani
Tiro
Hazor
HAURAN
Acco
Haifa
Megiddo
Samaria
Jordán
SIRIA-FENICIA EN EL II MILENIO A. C., según F. Lara

Las ciudades cananeo-fenicias, al ser poco presionadas por los faraones de las dinastías XV a XVII, pudieron desarrollar su independencia e intensificar sus relaciones con Siria y Mesopotamia. Fue el momento del auge de Tiro, Sidón y Arwad. Sin embargo la expulsión de los hicsos de Egipto, hacia el 1580 a.C., volvió a incidir en la historia de los enclaves paleofenicios, sobre los cuales la dinastía XVIII egipcia (1580-1314 a.C.) estableció una fuerte presión y dominio, bien atacándolos, bien sometiéndolos a tributo, como hizo el faraón Thutmosis III. A partir de entonces algunas ciudades destacaron por su lealtad a los egipcios (Biblos, Tiro) o por su oposición (Sidón, Ugarit). En cualquier caso, los siglos XVI, XV y XIV se caracterizaron por una clara inestabilidad, favorecida también por la presencia de gentes hurritas e hititas, así como por la competencia comercial con los micénicos.

Finalmente, en 1296 a.C. el choque entre Egipto y Hatti (batalla de Qadesh entre Ramsés II y Muwattali), la invasión israelita hacia el 1230 sobre Canaán y los movimientos de los *Pueblos del Mar* cortaron el desarrollo histórico de la Fenicia más antigua. Ugarit había sido destruida; Biblos, Tiro y otros enclaves, abandonados, y Sidón fue atacada por los filisteos, gentes que acabaron por instalarse en la costa sur de Palestina.

El período fenicio. La grave crisis ocasionada por los *Pueblos del Mar* se resolvió para Fenicia a costa de reducir su territorio, viéndose obligada a entregar el sur de Canaán a las tribus israelitas y a los filisteos y a ceder el norte y parte del interior a las tribus arameas, también ahora presentes, y que llegarían a establecer un poderoso reino en Damasco.

Sin embargo, la desaparición del Imperio hitita y el claro debilitamiento de Egipto favorecieron el desarrollo autonómico de los fenicios. Al propio tiempo, la talasocracia que los micénicos habían impuesto sobre el Mediterráneo oriental había desaparecido, dejando así expedita la expansión marítima fenicia.

El exceso demográfico, motivado por la etapa de paz que se había iniciado a partir del 1000 a.C., las condiciones ecológicas negativas del territorio, causadas por la constante tala de su arbolado, la desmedida práctica del pastoreo y la explotación intensiva de las tierras, junto a las pérdidas de espacio antes indicadas, provocaron serios problemas de abastecimiento y, por lo tanto, de subsistencia. De esta manera, pronto las gentes fenicias se vieron obligadas a orientar su vida a través del único camino natural que les quedaba: el mar. Y así, gracias a éste muchas ciudades-estado conocieron años de esplendor y pudieron convertirse en protagonistas de su propia historia.

En este período (1200-900 a.C.) destacaron Biblos —con sus reyes Ahiram, Ittobaal y Yahimilk— y especialmente Sidón, hasta el extremo de quedar lo sidonio identificado con todo lo fenicio, según Homero y algunos pasajes bíblicos. Pronto supo Tiro, con Hiram I (969-936 a.C.), el más importante de sus reyes, coetáneo y aliado del famoso Salomón, incrementar sus relaciones comerciales con muchos otros pueblos mediterráneos y arábigos, y sobre todo fundar numerosas colonias en las principales islas mediterráneas e incluso en las lejanas costas de Iberia y del Norte de Africa.

Los beneficios obtenidos con la expansión comercial hicieron de algunas ciudades pujantes centros económicos. Esta circunstancia, entre otros factores de tipo estratégico y político, motivó que los grandes Estados mesopotámicos de la segunda Edad del Hierro (asirios y babilonios) dirigieran sus miradas a Fenicia, deseosos de conseguir una salida al mar, de controlar la producción y disposición del hierro y de abrirse a nuevos y lejanos mercados.

Así, durante el reinado de Assurnasirpal II (883-858 a.C.), Asiria alcanzó el Mediterráneo y gracias a su poderoso ejército sometió a tributo a Arwad, Biblos, Sidón y Tiro. Tal tributo sería también cotizado durante el reinado de Salmanasar III (858-824 a.C.). Al propio tiempo, el Egipto de la XXII dinastía comienza a presionar sobre Palestina y algunas ciudades fenicias, las cuales se vieron obligadas a practicar una política claramente filoegipcia, deseosas de oponerse a los asirios.

Con Adad-nirari III (810-783 a.C.), y sobre todo con Tiglatpileser III (744-727 a.C.) Asiria volvió a atacar a las ciudades fenicias. De nada sirvieron las alianzas con algunos Estados sirios y las ayudas egipcias. Uno de los reyes asirios —Senaquerib (704-681 a.C.)— las represalió duramente, incluso des-



Escena de culto en una terracota, siglo V a.C. (Museo del Louvre, París)

pués de haberlas sometido a feroces asedios, como en el caso de Tiro.

Assarhaddón en el 671 a.C., tras destruir en todo o en parte algunas ciudades fenicias, convirtió el país en provincia asiria. Las revueltas locales de nada sirvieron y tan sólo provocaron la emigración de sus gentes a las colonias.

Desaparecido el Imperio asirio en el 612 a.C., la potencia vencedora, Babilonia, continuó con la política tributaria sobre Fenicia, sobre la cual también pesaban las apetencias egipcias.

En el 586 a.C. las tropas de Nabucodonosor II atacaron Tiro, que terminó por capitular al cabo de muchos años de asedio, y también Sidón, aliadas ambas del faraón Apries.

A su vez, sometida Babilonia por los persas en el 539 a.C., éstos incluyeron los territorios fenicios, junto con Siria y Chipre, en una de sus *satrapías* o provincias —la quinta—, con capitalidad en Sidón. Fueron años para Fenicia de relativa autonomía local y los últimos de prosperidad, desarrollados en un marcado ambiente filogriego y, en consecuencia, antipersa.

En el año 332 a.C., las ciudades fenicias cayeron en poder de Alejandro Magno; algunas, como Tiro, después de una gran resistencia (Diodoro, XVII, 40). Tras la muerte de aquél, las tierras fenicias fueron objeto de la rivalidad entre seleúcidas y ptolomeos, pasando finalmente a formar parte del Imperio romano, integrándose en la provincia de Siria.

Los conocimientos de navegación

Las fuentes (Homero, Hesíodo, la *Biblia,* Estrabón, Plinio) son coincidentes a la hora de indicar que los fenicios —y sus herederos, los cartagineses— fueron excelentes conocedores del mar y, por lo tanto, expertos navegantes.

Las razones de su dominio del mar, que les posibilitaría sobre todo entre los siglos VIII y IV su medio de vida y su supervivencia física, se debieron a diferentes factores de índole geográfica, ecológica, demográfica, económica y política, imposibles de pormenorizar aquí. Tal dominio les permitió distribuir a sus gentes por todo el Mediterráneo y constituir de hecho una nación, obviamente sin unidad territorial al estar diseminados sus enclaves por toda la cuenca mediterránea.

El factor fundamental de la colonización fenicia fue el alto grado técnico que alcanzaron en el arte de navegar, aprendido a través de sucesivas experiencias. Los avances técnicos aplicados a sus naves (calafateado, timones, remos, velamen, planchas metálicas, espolón) y su pericia náutica les hizo capaces no sólo de surcar todo el Mediterráneo, sino también de circunnavegar Africa, empresa auspiciada por el faraón Necao II (609-594 a.C.) y de arribar, hacia el año 450 a.C. y bordeando la península Ibérica, hasta las costas del norte de Europa (viaje de Himilcón).

A tales avances técnicos se unían también el conocimiento de los sistemas de orientación astronómica —a la Estrella Polar de la Osa Menor se la llamó *Estrella fenicia*— y el de las corrientes marinas, régimen de vientos y accidentes costeros, lo que les permitió navegar tanto de día como de noche y en régimen no sólo de cabotaje, sino también de altura.

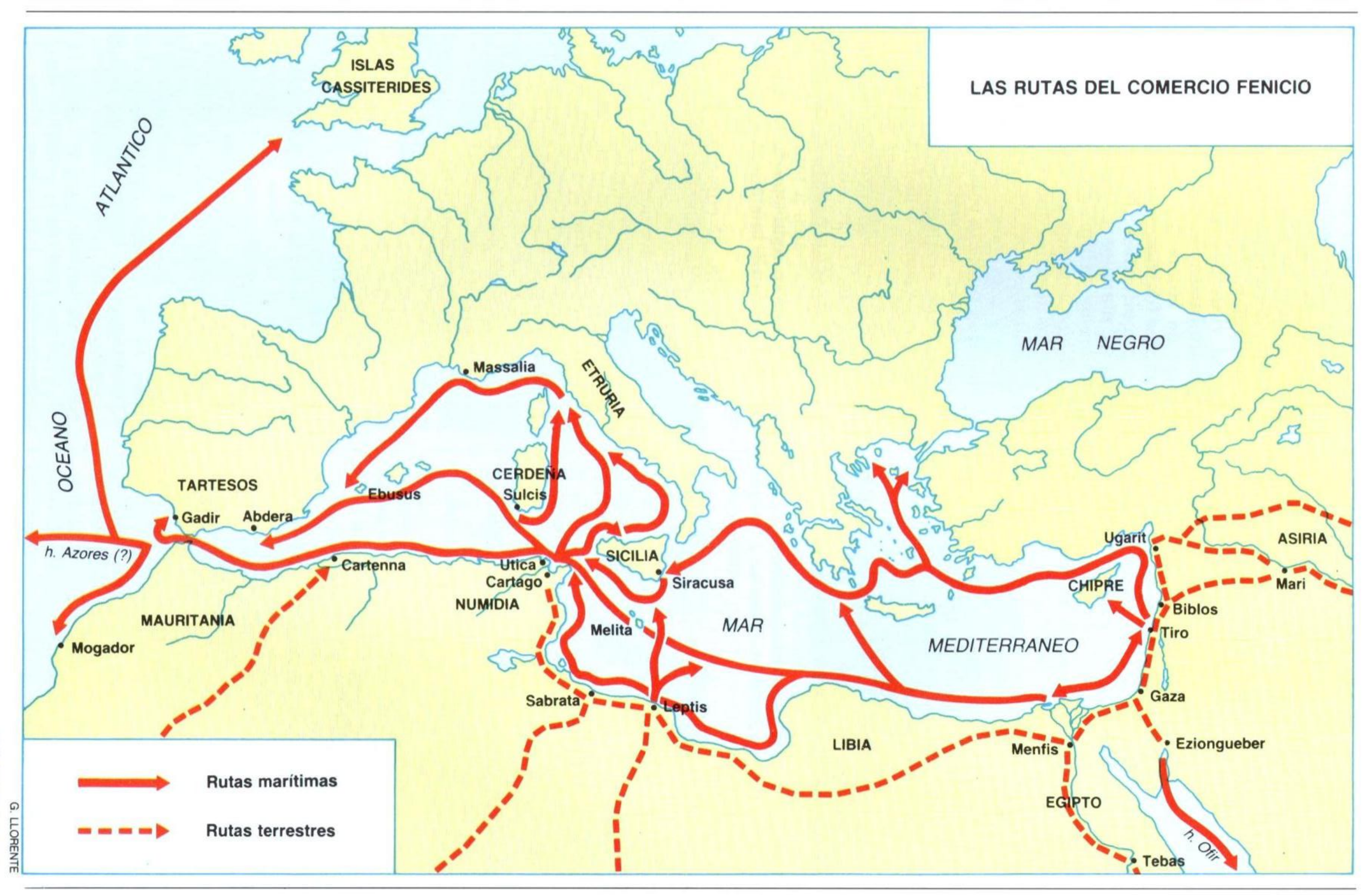
Las naves comerciales fenicias —denominadas en griego *gaulós* e *hippos*— así como su marina de guerra —pentecónteras, trirremes—, cuyos aspectos son conocidos hoy por algunos relieves y por restos conservados, les hicieron dueños absolutos del mar. Las primeras solían surcar las aguas entre los meses de marzo y octubre, y las segundas —las militares— casi en todo tiempo. La marina cartaginesa fue especialmente importante y sus tácticas de combate (*diecplus, periplus*) la hacían invencible.

La colonización fenicia y el comercio

Son también los autores clásicos quienes informan acerca de que muy pronto los fenicios iniciaron su expansión por el Mediterráneo. Estrabón (I, 3, 2) recoge que los fenicios, terminada la guerra de Troya, fijada en el 1184 a.C., ya habían fundado colonias más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar). Valeyo Patérculo (*Hist. Rom.* I, 2,3) fijó en unos ochenta años después de la caída de Troya la fundación de Gadir (Cádiz). Por su parte, Plinio (*Hist. Nat.* XVI, 216) situó la fundación de Utica en el año 1101.

Las instalaciones fenicias diseminadas por todas las riberas del Mediterráneo se situaron en islotes, en caletas, en las puntas de pequeñas penínsulas, en la desembocadura de ríos o en las profundidades de golfos. Esto es, por razones defensivas siempre se localizaron entre la tierra y el mar, formándose así en las costas un verdadero *paisaje fenicio.*

Acerca de la cronología de su instalación algunos documentos literarios permiten fijar las fechas de las prime-


LAS RUTAS DEL COMERCIO FENICIO
ISLAS CASSITERIDES
ATLANTICO
OCEANO
MAR NEGRO
Massalia
ETRURIA
CERDEÑA
Sulcis
TARTESOS
Ebusus
Gadir
Abdera
h. Azores (?)
Cartenna
Utica
Cartago
NUMIDIA
SICILIA
Siracusa
MAURITANIA
Mogador
Melita
MAR
MEDITERRANEO
Ugarit
ASIRIA
Mari
CHIPRE
Biblos
Tiro
Gaza
Sabrata
Leptis
LIBIA
Menfis
Eziongueber
EGIPTO
h. Ofir
Tebas
Rutas marítimas
Rutas terrestres

G. LLORENTE

ras colonias con bastante exactitud. Como se ha visto —y dejamos los enclaves del área creto-cicládica— Gadir y Utica, así como Lixus, fueron fundadas a finales del siglo XII a.C. Cartago lo sería en el 814 a.C. y su fama llegaría a sobrepasar a la de su metrópoli, Tiro. Aunque tales fechas no han podido comprobarse arqueológicamente, la coincidencia cronológica de la documentación escrita es un factor a favor de la idea de la pronta expansión fenicia.

En cualquier caso, la subsiguiente colonización, desarrollada a lo largo de ocho siglos, conoció tres grandes etapas. La primera (finales del siglo XII al VIII a.C.) se singularizó por los viajes de reconocimiento y tanteo y por un incipiente comercio con las élites locales, que finalizaría con el emplazamiento de pequeñas factorías. La segunda (siglos VIII-VI a.C.), en concurrencia en algunos casos con la colonización griega y la presión asiria en territorio fenicio, quedó definida por los grandes viajes comerciales y la fundación de numerosas colonias estables situadas incluso en puntos interiores. La última etapa (siglos VI-II a.C.), en la cual Cartago controló las colonias del llamado mundo púnico (Mediterráneo central y occidental), se caracterizó por la actividad comercial pacífica y una voluntad de dominio político y militar, que terminó, en definitiva, con el aniquilamiento de la propia Cartago a manos de los romanos.

La economía fenicia descansó fundamentalmente en el comercio, actividad prioritaria de sus ciudades-estado y en la que fueron consumados expertos. Progresivamente, gracias al interés y estímulo de las instituciones públicas, la iniciativa privada, la llegada constante de materias primas y la especialización en diferentes industrias (tejidos y púrpura, vidrios y metalistería), Fenicia se convirtió en una gran potencia económica, siendo capaz de situar sus productos y de distribuir los de otros países desde Egipto hasta la Península Ibérica y desde la India hasta Anatolia, surcando para ello mares y atravesando desiertos y montañas, dado que su comercio, además de la vía marítima, conoció asimismo las grandes rutas terrestres hacia Arabia y el Eufrates y hacia Siria y Anatolia.

No existe suficiente documentación literaria ni arqueológica que permita evaluar y analizar con detalle el comercio fenicio —tachado de piratería algunas veces, en textos griegos y latinos—, aunque sí hay referencias que ilustran adecuadamente dicha actividad económica. Entre ellas pueden citarse el viaje del egipcio Unamón a Biblos en búsca de madera, las referencias de Homero y Heródoto a comerciantes fenicios, y un sinnúmero de textos cuneiformes asirios, con testimonio de marinos y comerciantes tirios, sidonios y chipriotas.

La *Biblia* coincide también en señalar que los fenicios fueron excelentes comerciantes (*shrm*). Según el *Libro de los Reyes* y a propósito del reinado de Salomón, se narra la colaboración fenicio-israelita en un ventajoso viaje comercial a Ofir (tal vez en algún punto de Somalia, Yemen o la India). La flota tiria de Hiram I y la de Salomón, constituidas por diferentes tipos de embarcaciones (entre ellas, las famosas *naves de Tarshish*), realizaban cada tres años viajes a puntos lejanos de donde traían todo tipo de productos que contribuían a la riqueza de ambos reyes.

Básicamente, el comercio fenicio consistía en la búsqueda de las materias primas de un lugar (metales, sobre todo) para cambiarlas por baratijas (collares, escarabeos, adornos) o en intercambiar manufacturas (telas, copas y cuencos de bronce y plata, marfiles) por productos de consumo (aceite, cereales, lana).

Se sabe que practicaron el comercio sin basarse en leyes de mercado (oferta, demanda, ley de precios) que obviamente no se conocían, sino ajustándose a los principios de reciprocidad e intercambio, en los que primaba únicamente el provecho económico.

Si bien las diferentes etapas que conoció la colonización fenicia no fueron coincidentes ni en el tipo de materias y mercancías ni en la forma del comercio practicado, sí se conoce, gracias a los hallazgos arqueológicos y a la documentación, un listado de los principales productos con los que traficaron. De sumo interés es la *Biblia,* en la cual y en un pasaje de Ezequiel (27, 12-26) se relacionan, entre otros, los siguientes: plata, hierro, estaño, plomo y bronce, esclavos, colmillos de marfil, maderas, malaquita, púrpura, lino, coral, piedras preciosas, cereales, miel, perfumes, aceite y bálsamos, vinos, la-



Naves de guerra fenicias en un bajorrelieve del palacio de Senaquerib, Nínive (Museo Británico, Londres, arriba). Cuentas de un collar hallado en Olbia, Cerdeña (abajo)

nas, perfumes y diferentes clases de animales, aparte de otras manufacturas como tapices, bordados, cordelería y cerámica.

Areas de expansión

En la corriente orientalizante que vivió el Mediterráneo desde sus costas levantinas —golfo de Alejandreta, Chipre y Creta— hasta su zona central —Italia— y su más lejano occidente —Andalucía— los fenicios desempeñaron un principalísimo papel. De hecho, contribuyeron a tal corriente obligados por las circunstancias, primero por su imperiosa diáspora de supervivencia y luego en su verdadera colonización que desarrollaron a lo largo de ocho siglos.

Las modalidades de expansión fenicia se ignoran, aunque hubieron de tener un desarrollo muy parecido a las de la colonización griega. Muy pronto, y dada la proximidad física de la isla de Chipre a las costas sirias (85 kilómetros) los fenicios iniciaron contactos con ella. Sin embargo, sería a mediados del siglo IX a.C. cuando se establecerían de modo permanente. Prácticamente, la totalidad de la isla se vio poblada de enclaves fenicios, dedicados ante todo a la explotación de los recursos mineros, en especial el cobre. En la zona norte destacaron Lapethos y Larnaka-tis-Lapizu; en la llanura central, Morfu, Ledra —hoy Nicosia— e Idalión; en la costa oriental, Salamina y Enkomi y en la meridional, Kition —hoy Larnaka—, Tamassos, Amatunte y Pafos.

En algunos enclaves anatólicos —Karatepe— y del Egeo —isla de Tasos— materiales fenicios dan testimonio de la presencia de sus gentes. En la propia Creta —necrópolis de Fortetsa y de Tekké— y en el santuario de Kommos cerca de Festos, han sido hallados bronces y cerámicas de estilo fenicio, fechados en el siglo IX a.C. Ello demuestra que los comerciantes sidonios y tirios frecuentaban las rutas del mar Egeo ya desde temprana época. Incluso algunos objetos hallados en Atenas y otros puntos de Grecia revelan que el puerto de esta ciudad fue punto de llegada de naves fenicias para cargar plata (minas de Laurión) y cerámica ática, que luego redistribuirían. Como contrapartida, se sabe de la presencia griega en Fenicia (siglos IX-VIII a.C.), actuando aquí desde colonias comerciales propias establecidas en Al-Mina y Tell Suqas.

A causa de las presiones y ataques asirios y también ante la competencia colonial griega que había alcanzado grandes áreas del sur de Italia, Sicilia y costas francesas meridionales, los fenicios se vieron obligados a cambiar la táctica de su política expansiva durante su segunda etapa colonizadora.

Chipre, que continuó durante el siglo VIII a.C. recibiendo aportes fenicios, convirtió sus colonias y factorías en florecientes reinos: Kition, Tamassos, Idalion, Amothonte, Pafos.

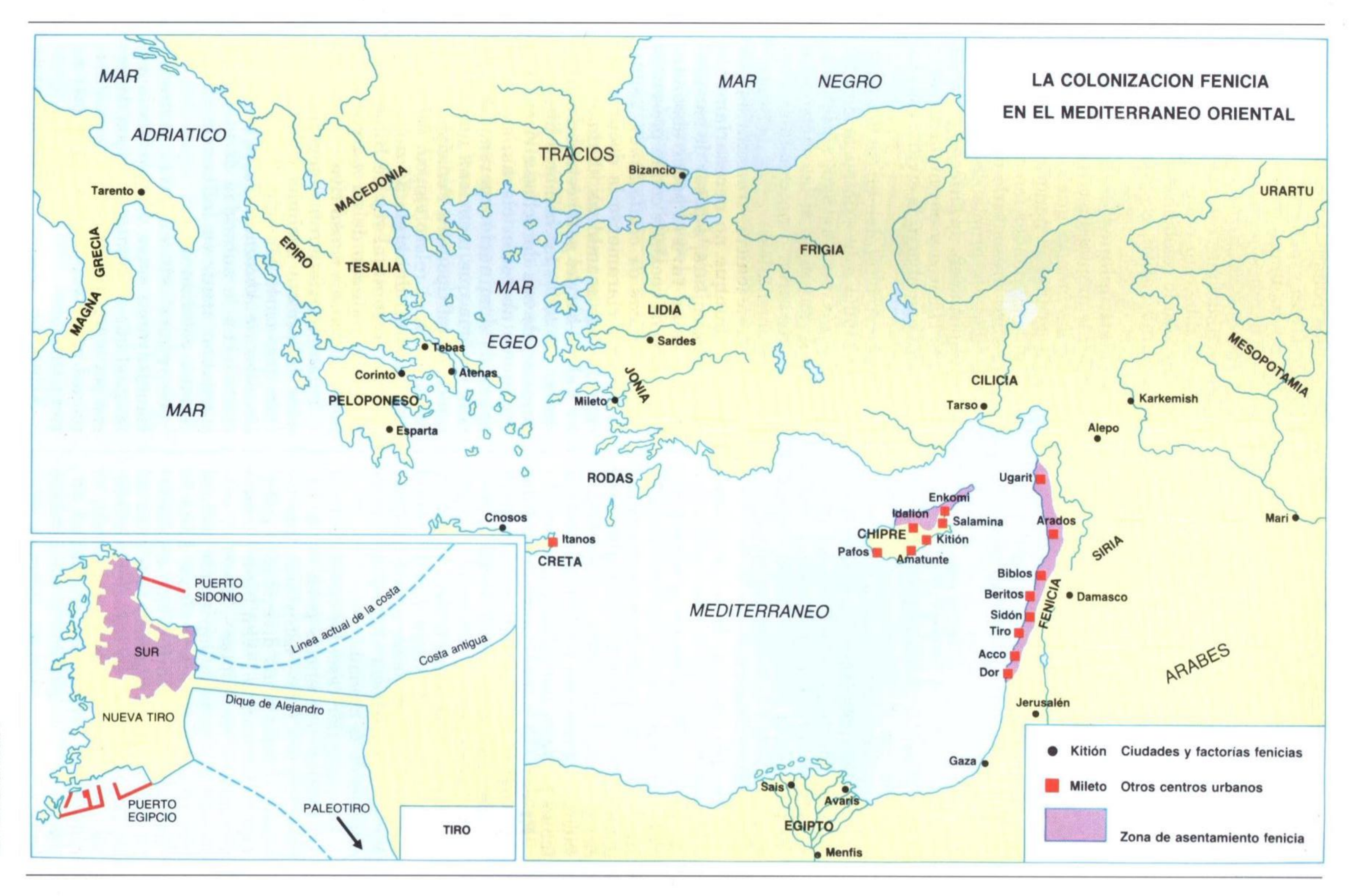
El Mediterráneo central fue ahora foco del mayor interés fenicio, siendo Sicilia y Cerdeña los lugares en donde se produjo una mayor concentración de pujantes enclaves coloniales. En Sicilia sobresalieron Selinunte, Motya, Panormos —Palermo— y Solunto y en Cerdeña, Nora, Sulcis y Tharros.

Los espacios itálicos bajo control etrusco acogieron también la presencia fenicia al parecer sin ningún tipo de problemas, llegando incluso a establecer con los recién llegados tratados de alianza y ventajosos acuerdos económicos.

Sin embargo, fue el Norte de Africa la zona que conoció la mayor y más significativa colonia fenicia: Cartago, que, fundada por los tirios en el 814 a.C., comenzaría ahora su gran despegue como potencia. Asimismo, a principios del siglo VI a.C. los fenicios también recalaron en Egipto, siendo Menfis la ciudad que contó con una mayor presencia, actuando en ella como comerciantes y como mercenarios.

Iberia conoció durante la segunda etapa colonizadora fenicia el nacimiento de importantes enclaves, los cuales junto a Gadir (Cádiz) llegaron a controlar las riquezas metálicas y los recursos agrícolas del reino de Tartesos. Entre ellos deben citarse: Malaka —Málaga—, Toscanos, Trayamar-Mezquitilla y Chorreras (todas en la actual provincia de Málaga); Sexi (Almuñécar) en la costa granadina, y Abdera (Adra), próxima a la actual Almería.

Por su parte Cartago, que iba a relevar a Tiro en el control del comercio del Mediterráneo central y occidental, llegó a fundar en el año 654 a.C. en la isla de Ibiza —ya visitada con anterio-


LA COLONIZACION FENICIA
EN EL MEDITERRANEO ORIENTAL
MAR ADRIATICO
MAR NEGRO
TRACIOS
Bizancio
URARTU
Tarento
MACEDONIA
EPIRO
TESALIA
MAGNA GRECIA
FRIGIA
MAR EGEO
LIDIA
Sardes
Tebas
Corinto
Atenas
PELOPONESO
Esparta
MAR
Mileto
JONIA
CILICIA
Tarso
MESOPOTAMIA
Karkemish
Alepo
RODAS
Ugarit
Enkomi
Idalión
Salamina
CHIPRE
Kitión
Pafos
Amatunte
Arados
SIRIA
Mari
Cnosos
Itanos
CRETA
Biblos
Beritos
Sidón
Tiro
Acco
Dor
FENICIA
Damasco
MEDITERRANEO
ARABES
Jerusalén
Gaza
Sais
Avaris
EGIPTO
Menfis
Kitión Ciudades y factorías fenicias
Mileto Otros centros urbanos
Zona de asentamiento fenicia
PUERTO SIDONIO
Línea actual de la costa
Costa antigua
SUR
NUEVA TIRO
Dique de Alejandro
PUERTO EGIPCIO
PALEOTIRO
TIRO

ridad por los fenicios— la colonia de *ybshm*, en latín, *Ebusus*.

Las metrópolis fenicias no pudieron hacer frente a sus problemas endémicos ni a los acosos militares de las potencias orientales, manifestados a partir del siglo VI a.C., por lo que fue Cartago quien llevó el peso de la última etapa colonizadora, puramente mercantilista. Gracias a su potencial económico y militar, dicha colonia pudo extender su dominio por todo el Occidente (costas africanas e Iberia), así como por el sur de Sicilia. Sin embargo, los enfrentamientos con Roma —las *Guerras púnicas*— acabarían poniendo fin al mundo cartaginés.

Organización política y social

Elemento institucional característico de Fenicia fue la monarquía (*mmlkt*), la cual derivaba de los poderes absolutos de los reyezuelos siriocananeos de la Edad del Bronce reciente, similar a los del resto de los monarcas orientales.

El cuadro histórico de las singulares ciudades fenicias, que tal vez se agruparían de modo confederado en torno a Arwad —la zona norte— y a Tiro —la zona sur—, apenas puede ser reconstruido debido a la escasez de fuentes históricas, pues los pocos textos reales conservados no aluden en ningún momento a temas políticos, judiciales o militares.

El rey. El papel fundamental del rey *—mlk—*consistía en garantizar la prosperidad de sus súbditos con el apoyo de los dioses. Por ello ocupó el lugar central en la sociedad fenicia, siendo la persona más influyente y poderosa, si bien, a veces, su poder quedó limitado por el de las clases oligárquicas mercantiles de la ciudad.

En cualquier caso, los reyes fenicios —y existen referencias para los de Biblos, Sidón y Tiro— estuvieron íntimamente ligados a las divinidades políadas, actuando también como verdaderos sacerdotes *—khnm—;* cargo éste mucho más importante incluso que el de la propia realeza, dada la base teocrática sobre la que descansaba el poder. En algunas ocasiones no les fue suficiente su carácter sacerdotal, sino que llegaron a reivindicar su naturaleza divina, equiparándose entonces al dios políado y titulándose *baales —blm—,* esto es, *dioses.*

Si el dios políado tenía todo tipo de prerrogativas y poderes, también el rey fenicio las tenía, como puede comprobarse por la documentación existente. Aunque es imposible pormenorizar las atribuciones reconocidas a tales reyes, se sabe, sin embargo, que controlaron todo lo relacionado con el aparato administrativo, económico y militar.

Las instituciones ciudadanas. A partir de las propias inscripciones fenicias y de las fuentes griegas y latinas, se puede perfilar el panorama institucional de las ciudades fenicias, si bien es muy difícil presentarlo de modo coherente, dada la propia disparidad de la documentación, la *interpretatio* de los textos clásicos y el amplio espacio de tiempo que abarcó la civilización fenicia.

Aunque Aristóteles en su *Política* (cap. 2) aludió a la existencia de una *Constitución* en Cartago, se ignora, aunque se suponga, si las metrópolis fenicias contaron o no con tales normas fundamentales.

La realeza fenicia, transmitida por herencia aunque no necesariamente por primogenitura, a pesar de sus prerrogativas no tuvo el poder absoluto, pues hubo de coexistir con la presencia de *Asambleas de ciudadanos,* según testimonia claramente la documentación. Dichas asambleas, (llamadas *m 'rs = el pueblo del país*) estaban constituídas por todos los hombres libres en posesión de sus derechos cívicos. Sus funciones no están claras, salvo en época de dominación persa. La cita más antigua que menciona una institución de tal tipo para Fenicia se halla recogida en el relato egipcio del *Viaje de Unamón,* del siglo XI a.C., en el cual se presenta al rey de Biblos, Zakarbaal, rodeado de su *asamblea,* a modo de consejo consultivo.

También existieron —según se deduce del profeta Ezequiel y de un tratado tirio-asirio del siglo VII a.C.— los *Consejos de Ancianos.* Tales Consejos controlaban la autoridad de la ciudad y dejaban sentir su influencia en los asuntos cotidianos.

Se ignora, sin embargo, cómo se constituyeron estas dos instituciones, al igual que el número y origen de sus componentes, la frecuencia de sus reuniones y, por supuesto, sus respectivas competencias.

Asimismo, la oligarquía ciudadana



Embarcación comercial fenicia en un bajorrelieve del siglo I a. C. (Museo Nacional de Beirut)

se erigía también como un poder institucional. Los *Anales* asirios hablan de los *grandes de Sidón* que fueron deportados a Nínive, y las fuentes persas mencionan a cien ciudadanos *de los más ilustres,* quienes, a pesar de la petición de clemencia por parte de *quinientos notables* sidonios, fueron ejecutados por Artajerjes.

Se conoce un cierto número de cargos públicos de los que aparte de su nombre no se sabe nada: *skn* o gobernador; *rb* o jefe; *htm* o canciller.

De especial interés fue el cargo de sufete (*shpt*) que, conocido sobre todo en Cartago y en Gadir como magistrado de cargo anual, también existió en Fenicia. Allí al parecer sus funciones se centraron exclusivamente en asuntos judiciales, si bien también desempeñarían otras atribuciones de carácter municipal en caso necesario. El cargo de sufete duraba un tiempo variable (entre dos meses y seis años) según la documentación. Aunque fue un cargo electivo, en no pocas ocasiones pasó de padres a hijos.

De los cargos militares existe poca información pero por la inscripción de Ahiram de Biblos se sabe de la existencia de un comandante de campo, título también conocido en el área vecina.

Las clases sociales. Las ciudades fenicias estuvieron habitadas por una población claramente dividida en dos grupos sociales: libres —*bl*— y esclavos —*bd*—. Dentro de esta división aún se podía distinguir entre los ciudadanos y los que no lo eran, los hombres y las mujeres, los adultos y los niños, los extranjeros —*gr*— y los libertos —*'sh*—. Muy cercanos a la esclavitud eran los sometidos por deudas —*sdn bd*—, cuya situación finalizaba una vez zanjadas aquéllas.

Los ciudadanos —hombres fenicios y libres— eran los únicos que disfrutaban de todos los derechos y los que podían autodenominarse *bl, ciudadano* o *'dn, señor.* A ellos, como contrapartida, les correspondía la defensa de la ciudad, el pago de los impuestos y, en ocasiones, la contribución a través de diversas formas de evergetismo a la construcción de edificios públicos o al equipamiento de tropas. La ciudad les recompensaba con la erección de estatuas o con algunas distinciones honoríficas.

Al parecer las mujeres estaban excluidas de la vida político-social, si bien ha llegado un único empleo del término *bl* en femenino (*blt = ciudadana*) presente en un epitafio bilingüe fenicio-griego, hallado en El Pireo y que perteneció a una dama oriunda de Bizancio.

Se ignora también si los extranjeros —de origen griego, egipcio, asirio y persa, sobre todo— podrían ser o no recompensados con la ciudadanía. En cualquier caso, fueron siempre aceptados, dado que su presencia era condición necesaria para los mecanismos económicos de las ciudades.

La esclavitud *(bd = servidor; 'mt = servidora)* fue conocida y practicada en Fenicia por necesidades claramente económicas. Aunque es imposible evaluar cuantitativamente la masa esclava, se ha argumentado que sobrepasó en número a la de los ciudadanos. En ningún momento tal hecho supuso peligro alguno para la estabilidad social y política de las ciudades. Existe una sola referencia a una revolución de esclavos, según testimonia Justino, ocurrida en Tiro a mediados del siglo IV a.C., con ocasión de las luchas contra los persas. Según este autor, los esclavos mataron a todos los ciudadanos tirios, excepto a uno, al que proclamaron rey.

La célula básica fue la familia (*shph, t'r),* aunque son desconocidos su estructura y alcance. Lo que se conoce únicamente es la costumbre de dar a los nietos el nombre de los abuelos. Se ha constatado también un especial tipo de asociación familiar, denominado *mrzh,* establecida en torno al culto de una divinidad particular. Tal tipo de asociación, conocida en otros puntos del Próximo Oriente —Ebla, Ugarit— y de Grecia, venía a equivaler a los *thiasos* griegos.

La vida religiosa

La religión fenicia —o, más exactamente, de las ciudades fenicias, pues cada ciudad también en este campo se quiso diferenciar— fue de carácter politeísta y se asentó en una perfecta estructura y funcionalidad, aunque no sea hoy del todo conocida, dada la escasez de información existente en esta temática. La pérdida casi absoluta de la documentación sagrada —mitos, cosmogonías, letanías, himnos, plegarias— y lo poco significativo de sus restos arqueológicos —templos, santuarios, mobiliario y material litúrgico— hacen que la religión de las ciudades fenicias tenga que ser estudiada de modo indirecto, a partir de los textos ugaríticos, babilonios, egipcios, hebreos, griegos y latinos.

Los dioses. Los fenicios designaron a sus dioses con variada terminología: *dios ('l), dueño (bl), rey (mlk)* y *señor ('dn),* y con el de *señora (blt)* a las diosas. La creencia de que eran seres superiores y santos *(kdsh)* hizo que los teólogos y sacerdotes les dieran nombres más o menos perifrásticos a fin de que nadie pudiera penetrar en el significado oculto de la divinidad que representaban.

De todos los dioses el principal fue Melqart, dios políado de Tiro, cuyo nombre equivalía a *Rey de la ciudad.* Su contenido teológico fue complejo, pues pasó de divinidad solar a ser considerado un dios agrícola y marítimo. Su culto tuvo amplio eco en las colonias mediterráneas (Cartago, Gadir, Lixus, Malta, Utica), según ha probado la documentación. Su pareja fue la diosa Ashtart.

En Sidón recibió culto Baal *—Señor—,* divinidad no muy bien definida en Fenicia y que era un reflejo del semita El *—Dios—* en tanto que su hijo, muy venerado en Ugarit. Baal tuvo como pareja a Ashtart, mucho más importante. De origen cananeo, fue la diosa del amor y de la fertilidad y en Occidente llegó a ser venerada como Tanit, definida gráficamente por unos símbolos muy populares (mano derecha levantada, caduceo, signo de Tanit). Sidón tuvo otro importante dios, Eshmun *—el Nombre—,* titular de la Medicina. Su carácter benéfico hizo que fuera muy venerado. Incluso en Chipre, Cartago y otros lugares logró desplazar al tirio Melqart.

Entre la llamada *Congregación de los dioses de Biblos* los más importantes fueron El *—Dios—,* Balat *—Señora—* y Adonis *—Mi señor—.* El primero apareció algo desdibujado en su personalidad; Baalat fue la verdadera diosa políada a la que recurrieron siempre los reyes y el pueblo. Adonis quedó en Biblos ligado a Baalat, formando parte de un mito, en el cual dicho dios moría y resucitaba periódicamente. Este dios sería venerado no


LA COLONIZACION
FENICIA Y CARTAGINESA
EN EL MEDITERRANEO OCCIDENTAL
ATLANTICO
OCEANO
Río
Ebro
Río
Tajo
CARPETANOS
EDETANOS
ORETANOS
TARTESOS
TURDETANOS
BASTETANOS
Sagunto
Emporión
Massalia
LIGURES
Ebusus
Gadir
Malaca
Sexi
Baria
Abdera
Cartago Nova
Tingis
Lixus
Tamuda
Mogador
Sala
MAURITANIA
Russadir
Rachgoun
Siga
Mersa Madaj
Iol
Tipasa
Icosium
Igilgili
Cirta
Hippo Regius
NUMIDIA
MAR
MEDITERRANEO
CORCEGA
Alalia
Olbia
Bosa
CERDEÑA
Tharros
Caralis
Sulcis
Nora
Bitia
Hippo Diarrhytos
Utica
Cartago
Kerkouane
Hadrumentum
Leptis Minor
Thapsus
Madhia
Acholla
Gerba
Gightis
Sabrata
Oea
Leptis Magna
Cossura
Segesta
Panormos
Mozia
Solunto
Lilibeo
Himera
Selinunte
SICILIA
Agrigento
Gela
Siracusa
GAULOS
MELITA
(MALTA)
Faesulae
ETRURIA
Clusium
Veies
Roma
LACIO
Neapolis
SAMNITAS
MAR
ADRIATICO
Tarento
MAGNA GRECIA
Crotona
Utica
Ciudades y factorías fenicias y cartaginesas
Roma
Otros centros urbanos
Area de colonización e influencia fenicia
El imperio cartaginés en vísperas de la segunda guerra púnica

G. LLORENTE

sólo en Fenicia, sino también en Grecia y en las colonias púnicas.

Muy por debajo de estas divinidades estuvieron Reshef, dios de la luz y del relámpago, y Dagon, inventor del arado y titular del grano, así como otros dioses puramente locales: Baal Shamen, Baal Malage, Baal Safon, Baal Hammon.

Alcanzaron una gran popularidad los dioses Shardapa, Horon, Elqoners, Sid y Sasm, aparte de otros de origen oriental (Shamash, sobre todo) y egipcio (Isis, Horus, Osiris, Bes).

La iconografía de las divinidades presenta un claro sincretismo plástico. Las que alcanzaron mayor difusión fueron Reshef, figurado a modo de «dios que golpea» (*smiting god,* según el calificativo técnico), Ashtart y Melqart.

Los sacerdotes. Para atender los lugares de culto y las debidas ceremonias religiosas, entre ellas los sacrificios *—zbhm—,* los fenicios contaron con un prestigioso cuerpo sacerdotal *—khnm—* de notable influencia social y política, cuyos cargos se transmitían hereditariamente de padres a hijos. Tales sacerdotes estuvieron colegiados en diversas asociaciones sometidas a la autoridad de un Gran Sacerdote, que en las principales ciudades solía identificarse con el rey. En los *Anales* de Tiro, citados por Flavio Josefo (*Contra Apionem,* I, 123, 157) son mencionados algunos reyes tirios con cargos sacerdotales: Ittobaal *sacerdote de Ashtart —khn shtrt—* y Abbar *sumo sacerdote —rb khn—.*

Algunas inscripciones hacen alusión a las sacerdotisas —también llamadas *khnm—* procedentes de las familias más importantes. Sus funciones no han podido determinarse con seguridad.

El personal religioso quedaba completado con los hieródulos de ambos sexos *—klbm = perros; grm = jovencitos; lmt = hijas núbiles—,* quienes se dedicaban prioritariamente a la prostitución sagrada, así como con una elevada nómina de personal subalterno *—glbm = barberos; zbhm = sacrificadores* y *pm = panaderos—.*

Los templos. Pocos son los restos que han pervivido de los templos fenicios, los cuales, sin embargo, son hoy conocidos en sus líneas generales gracias a los modelos de capillas en miniatura *—naiskoi—,* la representación de los mismos en las monedas, algunos restos arqueológicos —Gran Templo de Kition, en Chipre— y la célebre descripción bíblica del Templo de Jerusalén, edificado por los tirios bajo la dirección del famoso arquitecto Hiram.

Dichos templos *—bt—* casi nunca fueron monumentales. Constaban de tres estancias (pórtico delantero, vestíbulo y *sancta sanctorum*), con un par de columnas al exterior y un manantial.

Los más importantes fueron los de Biblos: los dedicados a Baalat Gebal y a Reshef, conocido éste como Templo de los Obeliscos; de Sidón (Templo de Eshmun) y de Tiro (de Baal Shamem y, sobre todo, de Melqart).

Menos significativas fueron las capillas o santuarios *—qdsh—,* consistentes en un amplio patio a cielo abierto, en cuyo centro existía un edículo y en su interior un betilo *—bt'l—* o piedra cónica erecta *—msbt—,* símbolo del dios. Se pueden citar las capillas de Sarepta, dedicadas a Tanit-Ashtart, y el santuario de Tell Amrit (Siria), conocido en árabe como *Maabid,* excavado en la misma roca.

Los llamados *lugares altos —p'dy—,* situados en colinas y montañas, fueron también recintos de culto. Pueden citarse, a modo de ejemplo, los existentes en las cercanías de Arwad y de Biblos.

Por supuesto, en todas las colonias fenicias —como en Pafos, en Gadir o en Cartago— existieron templos consagrados a las divinidades de las metrópolis. Aparte de su función puramente religiosa, se constituyeron en centros de percepción de tributos camuflados bajo el aspecto de ofrendas sagradas.

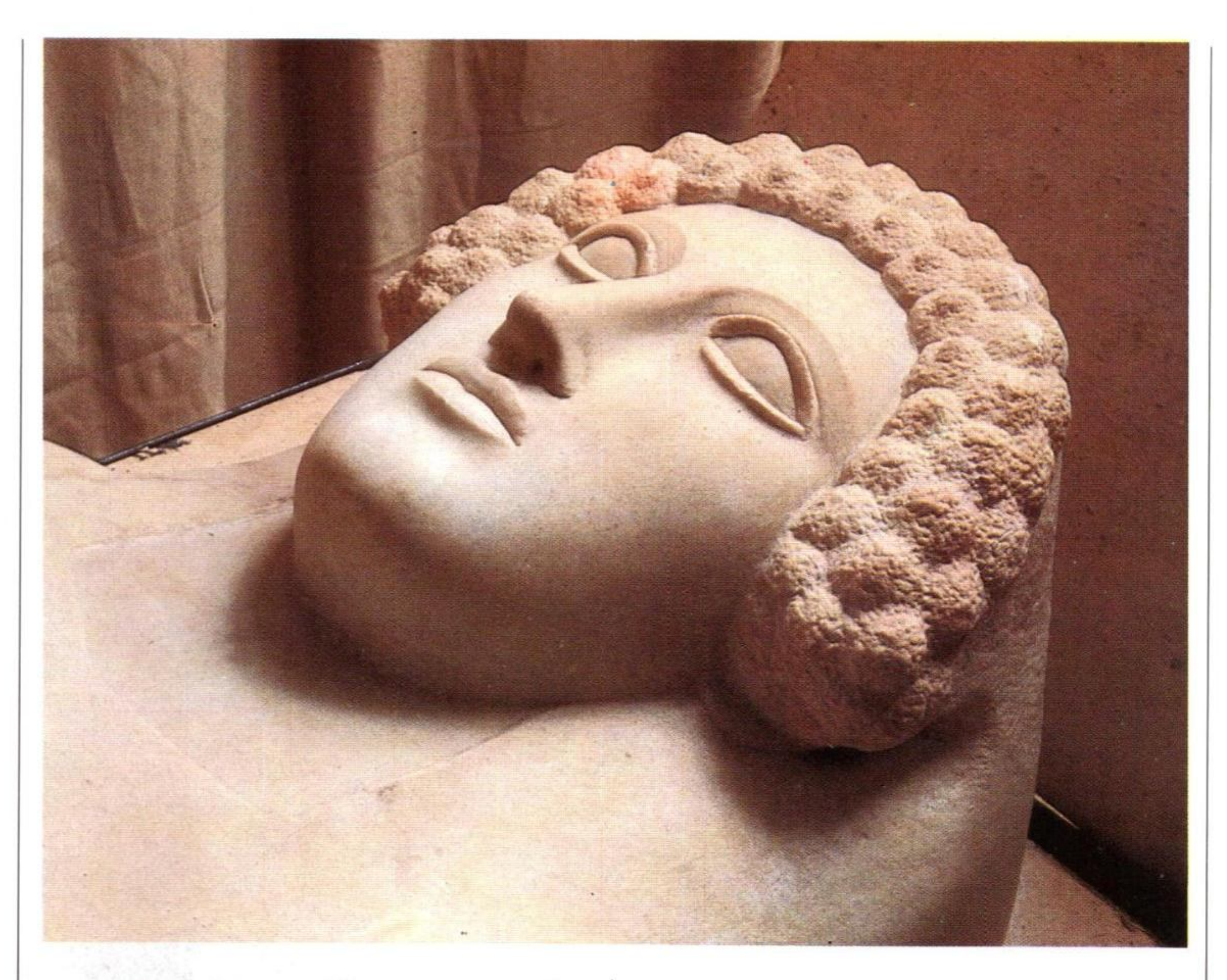
Rituales funerarios y otros sacrificios

Los fenicios inhumaron y también incineraron a sus difuntos (*rp'm = rephaim),* aunque se desconoce el porqué de la práctica de ambos tipos de enterramiento a un mismo tiempo.

Las necrópolis, sobre todo las reales, han facilitado diferentes hipogeos, en los cuales se han descubierto magníficos sarcófagos de piedra de variada tipología. En la de Biblos se localizó el famoso sarcófago de Ahiram, obra del siglo XII a.C. conservada hoy en Beirut. Las necrópolis de Sidón han pro-



Busto femenino procedente de Ibiza, siglo I-IV a. C.
(Museo Arqueológico de Barcelona)



porcionado los sarcófagos antropoides de Tabnit (Museo de Estambul) y de Eshmunazar II (Museo del Louvre), junto a otros de soberbio estilo griego (de Abdalonymos-Alejandro, de las Amazonas, de las Plañideras).

Este tipo de enterramiento en hipogeos se mantuvo hasta el final de la civilización fenicia, difundiéndose, en consecuencia, por todas las colonias, como puede observarse en las necrópolis de Kition y Enkomi en Chipre, en Motya (Sicilia) y en Gadir (Iberia), por citar algunos ejemplos.

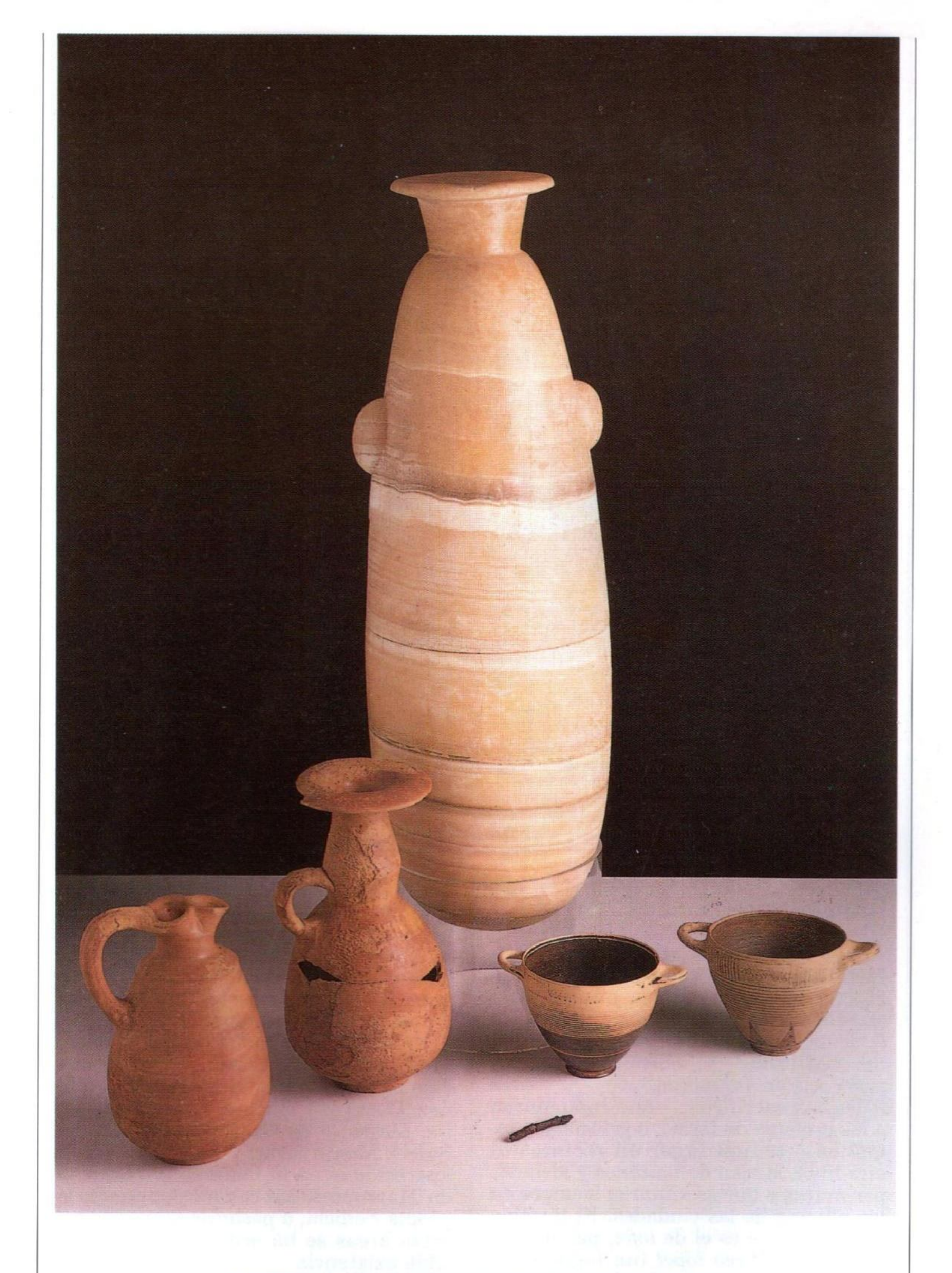
En las últimas etapas algunas tumbas de determinadas ciudades se vieron enriquecidas arquitectónicamente con la construcción de un mausoleo que se sobrepuso sobre ellas. El ejemplo más conocido es el de Tell Amrit, Siria, con los mausoleos llamados *maghazil* o torres-columna, de forma cilíndrica y elegantes proporciones.

De notabilísimo interés es el *Recinto de Tanit* o *tofet* de Cartago, lugar en el que se depositaron miles de urnas con los restos incinerados de animales y de niños de corta edad.

El hecho de enterrar a los difuntos es prueba evidente de que los fenicios creyeron en un Más Allá. Junto a las tumbas (*qbrm*) han aparecido variadas ofrendas funerarias —platos, lamparillas, joyas, navajas— destinadas al espíritu —*rḥ*— de la persona, aunque no haya podido documentarse hasta ahora la existencia de un culto funerario.

Es muy probable que pensaran que únicamente los reyes llegaban a disfrutar de la inmortalidad y que serían los privilegiados en comer y beber junto a los dioses. Para las personas más modestas la idea de supervivencia ultraterrena se significaba mediante la erección de una estela, en la que se solía poner el nombre del muerto y su genealogía, así como el cargo público que hubiese ostentado en vida.

Las maldiciones recogidas en las inscripciones contra los violadores de tumbas, los amuletos, las máscaras y las pinturas sepulcrales permiten deducir la naturaleza de las creencias escatológicas de los fenicios y de los púnicos.



Detalle de un sarcófago femenino fenicio hallado en Cádiz (Museo de Cádiz, izquierda). Diversas muestras de cerámica y alabastro halladas en la tumba 19 de la necrópolis de Laurita, Almuñécar, Granada (Museo Arqueológico de Granada)



Rituales cuestionados

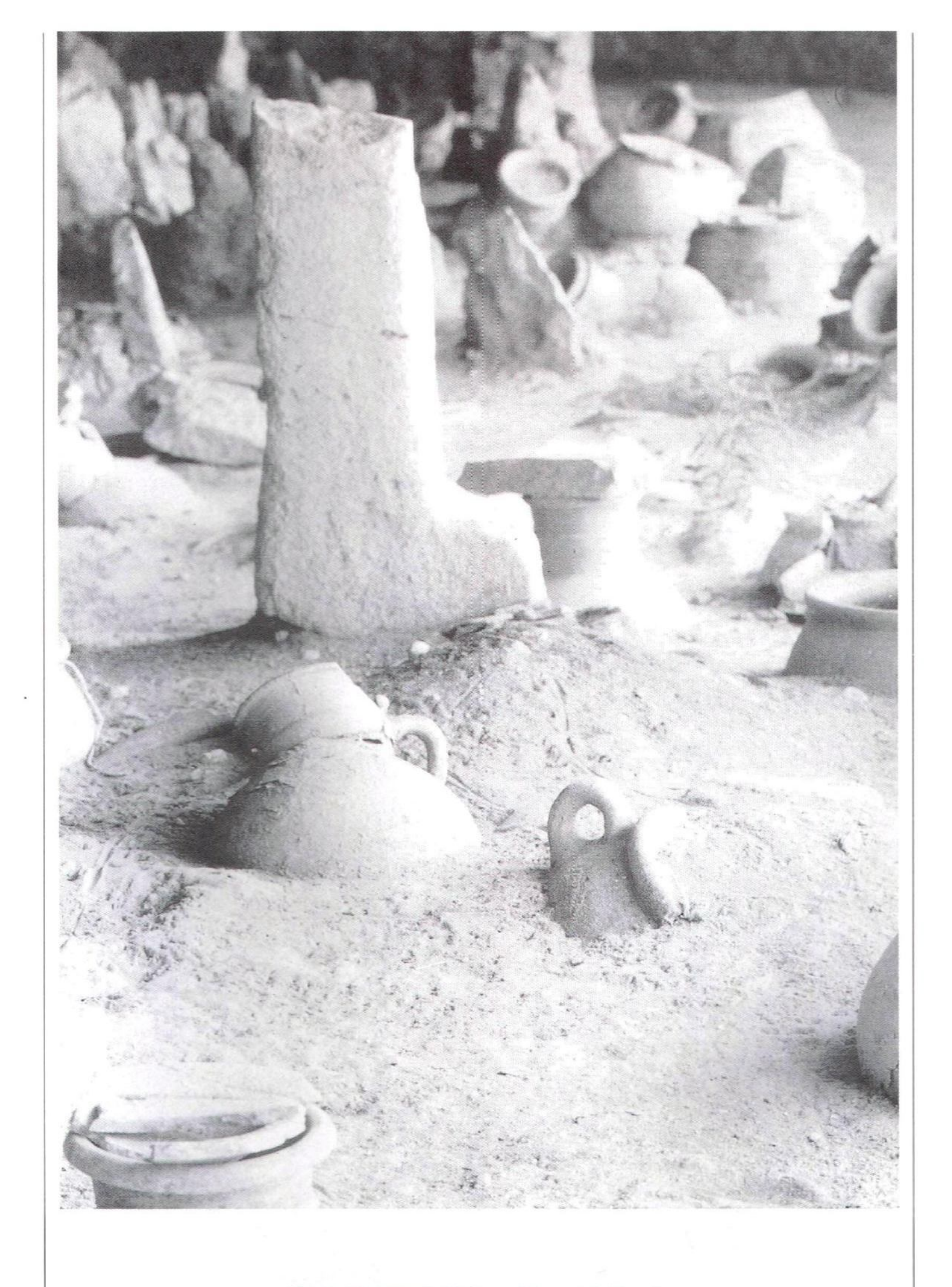
Uno de los ritos religiosos más característicos de la religión cananea fue el sacrifico humano (en púnico *mlk, ofrenda*) que también practicaron los fenicios, los israelitas —según testimonia la *Biblia*— y, especialmente, los púnicos o cartagineses.

Dichos sacrificios —que repugnaron a los profetas de Israel, a griegos y a romanos— tenían lugar en recintos al aire libre, si bien delimitados y aislados por muros y que se situaron siempre en las afueras de las ciudades. El término que los define es el de *tofet,* palabra tomada del hebreo *topet* (un lugar en el valle de Ben-Hinnom, donde se ofrecían niños en sacrificio), y conectada también con los vocablos arameos de *tpah, poner sobre el fuego* y *tpaya, hogar.*

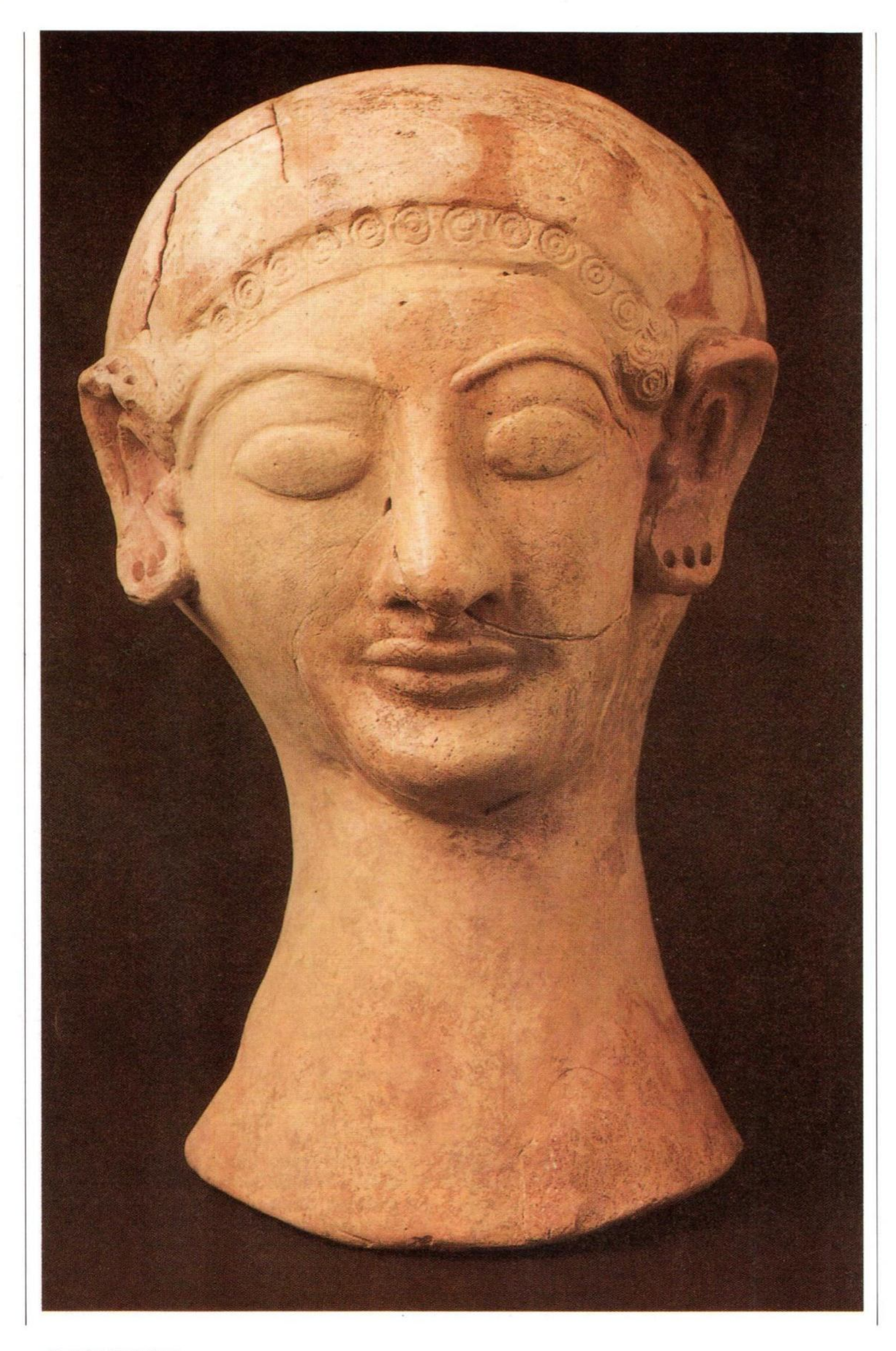
En tales recintos se realizaban sacrificios de niños de corta edad y se procedía luego a quemarlos y a enterrar sus restos incinerados, según se sabe por la información epigráfica y figurativa —estelas cartaginesas— y los restos en ellos encontrados.

Prácticamente todas las colonias del Mediterráneo central contaron con este tipo de lugares, destacando en Túnez, Cartago y Hadrumentum; en Sicilia, Motya; y en Cerdeña, Bitia, Nora, Sulcis, Monte Sirari y Tharros. No han aparecido ni en la Península Ibérica ni en Marruecos, así como tampoco en la propia Fenicia, a pesar de que en todas estas áreas se ha argumentado su posible existencia.

De todos los *tofet* citados el más importante fue el de Cartago, localizado a comienzos de este siglo y conocido como *Santuario de Tanit* o *de Salambó*

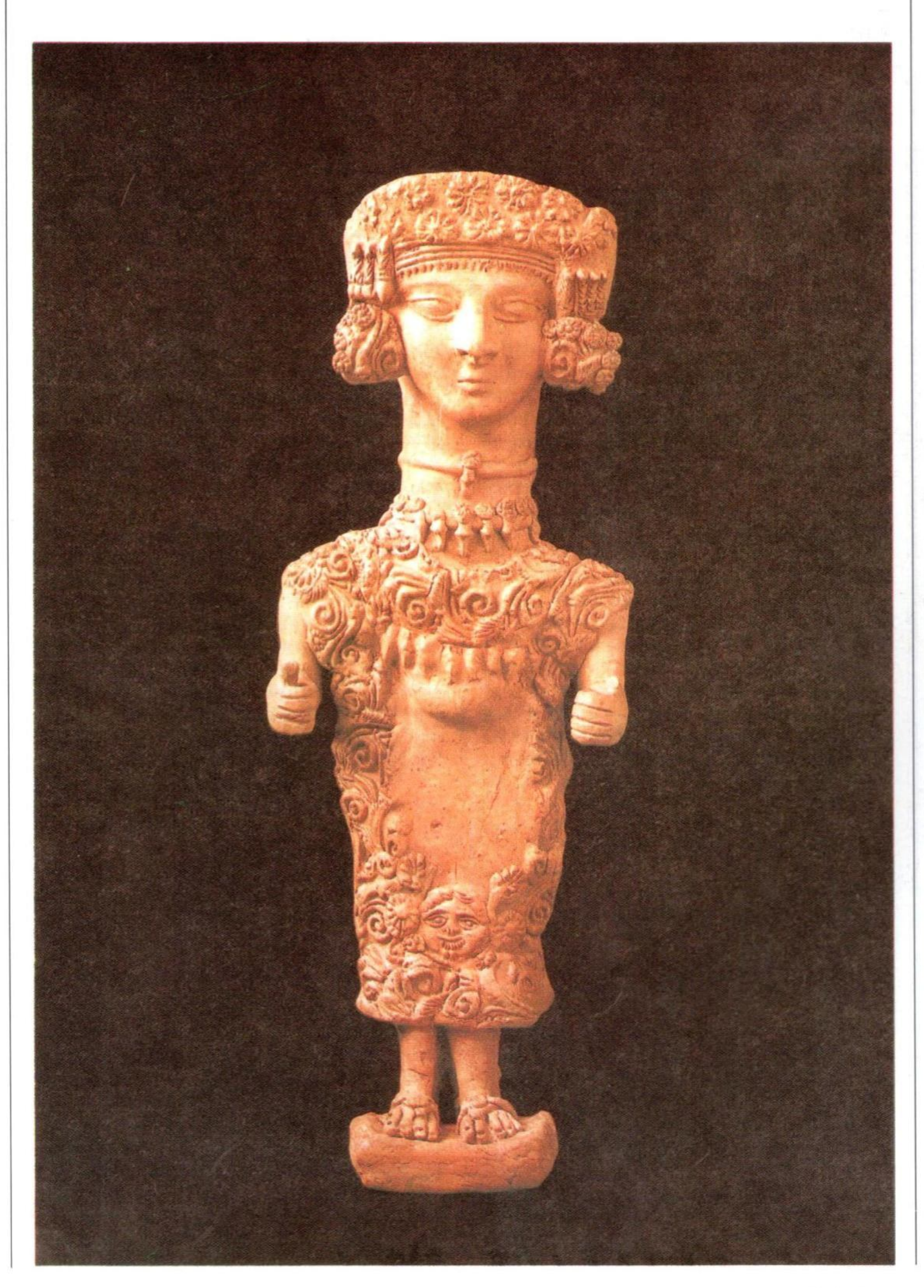


Busto femenino hallado en Ibiza, siglo V a. C.
(Museo Arqueológico de Ibiza, izquierda).
Cerámicas halladas en el *tofet* de Motya, Sicilia (arriba)



Cerámica hallada en Ibiza, siglos VI-V a. C.

Estatuilla femenina procedente de Puig d'es Molins, Ibiza, siglos IV-III a. C.



y que estuvo en funcionamiento prácticamente durante cinco siglos. El mismo ha facilitado más de 20.000 urnas con restos incinerados de niños (*mlk 'dm* = *molok* humano) y de animales (*mlk 'mr* = *molok* de cordero), así como varios millares de estelas.

Acerca de las razones a las que obedeció el *mlk,* que se efectuaba al final del verano en medio de determinados ritos, se ha argumentado que respondía a un sacrificio de sustitución, en el cual la persona sustituida sería el rey y más tarde cualquier miembro de la nobleza. Para otros, se trataría de la ofrenda de los primeros frutos, las primicias (*qdmtm*), que llevaría acarreado el sacrificio del primogénito de una familia. Pudo haber surgido, asimismo, por la necesidad de conjurar un gravísimo peligro, para lo cual se llegaba a ofrecer a la divinidad a cambio el holocausto del recién nacido. Quizá se realizase como contrapartida para la obtención de algo muy importante o, en fin, pudiera tratarse sin más de una práctica reguladora de la demografía, sobre todo en momentos de crisis alimentarias.

A pesar de que últimamente se ha lanzado la hipótesis de que el *tofet* sería una simple necrópolis infantil en la que se recogerían los restos de posibles abortos o los de niños muertos precozmente a causa de enfermedades, las estelas de Cartago son testimonio inequívoco de aquellos infanticidios, así como las referencias de Diodoro (XX, 14) y de Plutarco (*De la superstición,* XIII).

La cultura fenicia

Aun cuando la cultura fenicia y su civilización han sido consideradas de carácter sincrético, sin haber producido, por ello, nada original, su gran aportación a la historia de la Humanidad fue la difusión del alfabeto (*'lp* = *buey* y *bt* = *casa*), sistema escriturario abreviado, cómodo y simple y que servía para fijar sobre un soporte material todos los matices del pensamiento humano.

El alfabeto. Hoy se sabe, en contra de lo afirmado por Plinio (*Hist. Nat.* V 12), que el alfabeto no fue inventado por los fenicios, sino que únicamente fueron sus difusores, dando así razón a lo dicho por Diodoro (V, 74, 1).

La invención del alfabeto fue el resultado de un largo proceso histórico, todavía no muy bien conocido en sus detalles. Su invención se produjo en algún punto de Canaán hacia el 1600 a.C. y su genial descubridor —muy probablemente, un sacerdote— hubo de inspirarse en la serie de consonantes jeroglíficas egipcias: inscripciones protocananeas de Siquem, Gezer y Laqish. Muy poco después, los mineros semitas del Sinaí utilizaron también algunos signos alfabéticos: inscripciones protosinaíticas de Serabit el-Kadem. Ya a comienzos del siglo XIV a.C., Ugarit, Líbano y Palestina —Bet-Shemesh— contaron con alfabetos de aspecto cuneiforme y formados por una treintena de consonantes. De las inscripciones palestinas sobre puntas de flecha derivó al parecer el alfabeto fenicio clásico (22 signos exclusivamente consonánticos), cuya inscripción más desarrollada fue la fijada en el siglo X a.C. sobre el sarcófago del rey Ahiram de Biblos, considerada por algunos especialistas como el primer texto alfabético fenicio.

La producción literaria. Al desconocimiento de la cultura fenicia ha contribuido, asimismo, la escasez de textos propiamente fenicios. Si bien han llegado más de 10.000 inscripciones —la lengua fenicia fue descifrada por el francés J. J. Barthélemy en 1758—, la brevedad de las mismas y sus contenidos estereotipados —dedicatorias religiosas, tarifas de servicios, textos funerarios— impiden que se puedan utilizar para desvelar el conocimiento de su literatura.

Tampoco las más antiguas inscripciones arameas, hebreas, moabitas o ammonitas en caracteres fenicios, ni las bilingües fenicio-griegas, fenicio-luvitas, fenicio-arameas o púnico-etruscas, aportan nada fundamental para poder profundizar en la producción escrita.

Del país que difundió la escritura, paradójicamente, es del que menos escritos han sobrevivido. Aunque sabemos que produjo obras de todo tipo, nada ha llegado a nuestros días. Los mitos, las leyendas y la historia son indirectamente conocidos por los extractos de una obra de Filón de Biblos, un escritor griego del siglo I, que se había basado en una monumental *Historia fenicia* de un antiguo autor llamado Sanchuniatón. Asimismo, se conoce la

existencia de obras literarias fenicias por los resumenes de Flavio Josefo, procedentes de la obra perdida de Menandro de Efeso. Son conocidos los nombres de otros dos historiadores fenicios, Dión y Filóstrato, que vivieron en el siglo III a.C., pero de ellos no ha llegado nada. De una *Cosmogonía fenicia,* al parecer de notable interés y hoy perdida, sacó enorme provecho el filósofo neoplatónico Damascius, que vivió en el siglo VI de nuestra era.

Asimismo, por alusiones de la Literatura clásica grecolatina se deduce que la Literatura púnica hubo de ser importante. De ella tan sólo han llegado algunos fragmentos traducidos al griego o al latín, caso de los *Periplos* de Hannón y de Himilcón, del *Juramento de Aníbal* o del *Tratado de Agricultura* de Magón, así como la referencia de una *Historia púnica* de autor anónimo.

Conocimientos técnicos y científicos. Aunque no se ha conservado ningún escrito científico, los fenicios, obviamente, hubieron de dominar algunas ramas de la ciencia y de la técnica. La evidente pericia de sus navegantes y marineros permite argumentar que fueron expertos en Astronomía —que recibirían de babilonios y caldeos— y en conocimientos geográficos prácticos.

El hecho de haber llegado hasta hoy los nombres de algunos meses es prueba de la existencia de un calendario lunisolar, parecido al de los demás pueblos orientales, lo que significaba un buen conocimiento de las Matemáticas. La adecuación de sus puertos naturales y la construcción de otros —*cothon*— testimonia el dominio de la Arquitectura y, por lo tanto, de la Geometría y de las Matemáticas.

Como contrapartida, es muy poco lo que se sabe acerca de los conocimientos que sobre Medicina y Farmacopea poseyeron, si bien destacaron en el campo de la Odontología, según pruebas evidentes (mandíbula de Sidón, del siglo V a.C.).

En el aspecto técnico, es indudable que dieron un enorme impulso a la industria textil (tapices, cojines, ropas multicolores) y química (púrpura), así como a la del vidrio (soplado, pequeñas joyas, espejos), metales (joyería y platería) y cerámica (torno rápido), sin olvidar los progresos aportados a la pesca de altura y a la manipulación alimentaria (salazón de pescados).

Como conclusión general, puede afirmarse que los fenicios, a pesar de la opinión negativa que de ellos tuvieron griegos y romanos —éstos, sobre todo, de los cartagineses—, supieron servir de nexo cultural entre Oriente y Occidente gracias al comercio y al establecimiento de sus colonias, aportando muchos logros tanto en lo puramente material (técnicas, productos) como en lo espiritual (alfabeto).

Como se apuntaba en otro lugar, la Historia no ha hecho todavía justicia a los fenicios, a quienes tachó de *bribones, astutísimos, expertos en engaños* y otros calificativos, sin parar mientes en que toda civilización presenta luces y sombras. Por otra parte, el gran desconocimiento existente hasta hoy acerca de su civilización, ¿no será una venganza suya contra la Historia?

Bibliografía

M.E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente,* Barcelona, 1987. C. Barreca y otros, *L'espansione fenicia nel Mediterraneo,* Roma, 1971. C. Baurain y C. Bonnet, *Les Phéniciens, marins de trois continents,* Paris, 1992. M. Botto, *Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII secolo a.C.,* Pisa, 1990. R. Corzo, *Los fenicios, señores del mar* (Historias del Viejo Mundo, 8), Madrid, 1988. G. Garbini, *I Fenici. Storia e religione,* Nápoles, 1980. M. Gras y otros, *El universo fenicio,* Madrid, 1991. E. Gubel y otros, *Les phéniciens et le mondè mediterraneen,* Luxemburgo, 1986. D. Harden, *Los fenicios,* Barcelona, 1985. F. Lara, *Así vivían los fenicios,* Madrid, 1992. F. Lara y J. Córdoba, *El Mediterráneo oriental* (Historia del Arte, 6), Madrid, 1990.E. Lipinski, «Les phéniciens et l'alphabet» (OA, XXVII, 231-260). S. Moscati, *I Fenici e Cartagine,* Turín, 1972. S. Moscati (dir.), *Los fenicios,* Barcelona, 1988. G. del Olmo y M. E. Aubet, *Los fenicios en la Península Ibérica,* Sabadell, 1986. A. Parrot y otros, *Los fenicios. La expansión fenicia. Cartago* (El Universo de las formas), Madrid, 1975. C.G. Wagner, *Los fenicios* (Historia del mundo antiguo, 9), Madrid, 1989. W.A. Ward (ed.), *The Role of the Phoenicians in the Interaction of mediterranean Civilizations,* Beirut, 1968.



La mayoría de los jóvenes conductores se muestra ajena cuando a través de los medios de comunicación escucha o lee el cómputo de accidentes habidos durante el fin de semana, así como las causas de los mismos que suelen, desgraciadamente, repetirse una y otra vez. Existe la creencia generalizada, entre este grupo de edad, de que las enfermedades graves, los actos de terrorismo, los accidentes de circulación o cualquier otra desgracia personal o familiar, son hechos muy lejanos que sólo sufre una minoría de ciudadanos y que, por tanto, es difícil que ocurran al resto.

Surge, pues, la necesidad de crear una «cultura» o concienciación entre los individuos en general y los conductores jóvenes en particular, sobre la necesidad de no asumir riesgos innecesarios y prevenir los accidentes, no sólo de circulación, sino de cualquier naturaleza. Con la certeza de que, por muy buen conductor que uno sea, nunca estará exento de padecer y estar implicado en cualquier accidente, pues éste es un suceso fortuito que puede acontecer a cualquier hora y lugar, sin distinción de conductores ni tipo de vehículos.

La seguridad vial es labor de todos.



